

## El capital según Lord Keynes

por Axel Kicillof

Lord Keynes sobre el capital”, Revista Nueva Economía. Órgano de la Academia Nacional de Ciencias Económicas de la República de Venezuela (revista internacional con referato), Número doble 21-22. Septiembre de 2004

### Introducción

“En la deformación de un texto sucede algo semejante a lo que ocurre en un crimen. La dificultad no está en cometerlo, sino en borrar sus huellas.”  
Sigmund Freud

La Teoría General de Keynes fue -y aún es en el presente- protagonista de uno de los episodios más enigmáticos de la historia del pensamiento económico. Se trata de un libro que colocó a su autor en las cumbres de la notoriedad, convirtiéndolo, seguramente, en el economista teórico con mayor influencia del siglo XX, al tiempo que sus contribuciones fueron rápidamente absorbidas por el enfoque neoclásico dominante. Estos desarrollos originales se convirtieron en el foco de buena parte de las controversias, tanto en el seno de la corriente principal como fuera de su cauce. La particularidad del caso está en que, a pesar del enorme interés que suscitó inicialmente, la Teoría General dejó progresivamente de ser estudiada. Los debates de inspiración keynesiana continuaron; pero el drama se desarrolló sin la intervención de su protagonista.

La sustitución de la obra original por sus variopintas “interpretaciones” se convirtió en el modus operandi tanto de partidarios como de detractores. Podría argumentarse que ésta es la suerte que corren habitualmente las grandes contribuciones en todas las ramas del pensamiento, que es el destino inevitable de todo libro cuya importancia se reconoce de inmediato y que está en camino de convertirse en un “clásico”. Sin embargo, pese a que llamó inmediatamente la atención de los economistas, lo cierto es que la Teoría General logró cosechar escasísimos elogios. Se estableció una especie de consenso entre los autores de los pelajes más dispares, sobre las fallas lógicas, los defectos formales, las inconsistencias y contradicciones que, aparentemente, inundarían la obra.

Repasemos, a modo de ilustración, algunas de las recomendaciones habituales por parte de reconocidas autoridades. Para Mark Blaug “la Teoría General es simplemente un libro poco claro y mal escrito” (1985: 797). Paul Samuelson, por su lado, sostiene que “es un libro oscuro, de tal manera que los futuros antikeynesianos deben sustentar su opinión principalmente por el estudio trabajos intermedios [...] ciertamente, en su estado actual, el libro no logra que lo lean cada año ni siquiera el profesor y el estudiante que simpatizan con él” (1967: 329). Según John K. Galbraith, se trata de “una obra profundamente oscura, mal escrita y publicada prematuramente [...] Una porción de su influencia se debió a que era en gran parte incomprensible”(1983: 257). Axel Leihonjuvud comparte en líneas generales, la amarga apreciación des sus colegas: “como economista teórico Keynes no estuvo exento de errores ni de inconsistencias lógicas y, fallos aparte, tuvo ciertas costumbres irritantes en el análisis y la presentación, que no han sido en absoluto útiles para los estudiantes posteriores. Estos hechos no se pueden negar” (1976: 13).

Como si se tratara de un texto maldito, prohibido o peligroso, los economistas de todas las vertientes confluyen en una y la misma indicación: no leerlo. ¿Se esconde, pues, algún secreto detrás del unánime rechazo que provocó la Teoría General?

En este artículo ensayaremos una respuesta parcial para este interrogante. Nos restringiremos únicamente a considerar los aspectos de esta cuestión relativos a las apreciaciones de Keynes sobre la naturaleza del capital. La teoría del capital de Keynes ha suscitado escaso interés; no logró ni siquiera convocar la atención de sus discípulos más convencidos, y menos aun de sus antagonistas. Se trata probablemente, en un cuadro de general abandono, de uno de los fragmentos menos visitados de la Teoría General[1]. Cabe, no obstante, y antes de penetrar de lleno en la materia, realizar algunas observaciones de carácter general sobre la forma en que está organizada la exposición en la Teoría General.

Tres niveles de análisis en la Teoría General.

Primer paso: el sistema económico.

He sostenido en otra parte[2] que en la Teoría General conviven tres desarrollos de distinta naturaleza, correspondientes a diferentes niveles de profundidad en el análisis. Estos tres niveles, no obstante, no pueden estudiarse por separado; al contrario, se encuentran mutuamente enlazados de manera necesaria.

En primer término, Keynes construye lo que él denomina un sistema económico (hoy: modelo) cuyo objetivo es explicar los determinantes del nivel de empleo en el corto plazo[3]. Para erigir este modelo debe observar el fenómeno objeto de su investigación en la forma en la que se presenta para aislar sus distintos elementos y establecer entre ellos relaciones de causalidad. La operación se traduce, en términos matemáticos, en la identificación de los factores que deben considerarse variables independientes - elementos determinantes que se toman como dados, es decir, las causas- y de las variables dependientes -elementos determinados, i.e. los efectos. Keynes admite que toda su construcción es en cierta medida caprichosa, pues la elección y clasificación de estos factores tiene su origen en apreciaciones de carácter fuertemente subjetivo; está basada únicamente en la observación y en la práctica.

“The division of the determinants of the economic system into the two groups of given factors and independent variables is, of course, quite arbitrary from any absolute standpoint. The division must be made entirely on the basis of experience, so as to correspond on the one hand to the factors in which the changes seem to be so slow or so little relevant as to have only a small and comparatively negligible short-term influence on our quaesitum; and on the other hand, to those factor in which the changes are found in practice to exercise a dominant influent on our quaesitum” (Keynes, 1936: 247)

Una vez clasificados los fenómenos concurrentes en causas -directas o indirectas- y efectos, no es difícil reconocer entre las variables que intervienen en algún tramo de la cadena causal aquellas sobre las que la acción gubernamental puede incidir. Es así que el sistema económico sirve también como base para sopesar las distintas alternativas de política económica que afectan el volumen de ocupación. Según Keynes, este es el objetivo último de toda su empresa.

“Our present object is to discover what determines at any time the national income of a given economic system and (which is almost the same thing) the amount of its employment; which means in a study so complex as economics, in which we cannot hope to make completely accurate generalizations, the factors whose changes mainly determine our quaesitum. Our final task might be to select those variables which can be

deliberately controlled or managed by central authority in the kind of system in which we actually live. “ (Keynes, 1992: 247)

Desde el momento mismo en se presentó en sociedad, el sistema económico de Keynes fue sometido a intensos cuestionamientos. Antes que nada, podía discutirse si el modelo matemático se corresponde o no con la realidad objetiva, es decir, si se trata de una representación adecuada de los hechos. Este fue el núcleo central de la discusión que se desarrolló posteriormente en el campo de la teoría macroeconómica. El modelo se construye en el gabinete del científico, pero el árbitro final es la realidad, de manera que había que someterlo a “contrastación empírica”[4]; en rigor, no hay mucho más para hacer con un sistema de ecuaciones que pretende describir los fenómenos económicos.

Pero además, a partir del modelo matemático inicial y sobre su base, se realizaron avances en todas las direcciones posibles: perfeccionamiento de tipo formal en la presentación de las ecuaciones y en su representación gráfica; selección de las variables alternativas que deben considerarse dependientes o independientes; mejoras en la precisión de las relaciones funcionales y sus recíprocas sensibilidades; discusión alrededor de los plazos en que las causas despliegan por completo sus efectos. Sin embargo, detrás de estos retoques en apariencia formales se agitaban invisibles pasiones. El sistema económico de Keynes se convirtió en un nuevo campo de batalla. Y las variables y funciones, en piezas de artillería. En efecto, las opiniones divergentes sobre las sensibilidades de las relaciones funcionales, las velocidades de ajuste, y las rigideces de los parámetros desembocaban en distintas percepciones acerca la capacidad del sistema de alcanzar por sus propios medios el pleno empleo de los recursos[5]. De esta manera, también se dirimía en el mismo terreno la discusión acerca de la efectividad y de la forma concreta que debía tomar la actuación del Estado, con el objeto de incrementar el nivel de empleo. Los partidarios del laissez-faire se dedicaron entonces a la tarea de convertir nuevamente en endógenas algunas de las variables que el sistema de Keynes supone independientes. Así, el sistema recupera sus mecanismos de auto-regulación y se vuelve insensible frente a la intrusiones estatales. La política pública vuelve a ser o bien innecesaria o bien dañina.

Si bien hasta el momento nos referimos exclusivamente al primer nivel del análisis de Keynes –la construcción del modelo-, podemos adelantar algunas reflexiones acerca de la originalidad de la obra. Evidentemente, el sistema económico esbozado en la Teoría General no es el primero de su tipo, ya sea que lo consideremos desde el punto de vista de la forma en que está edificado, o en lo que respecta a la complejidad de su trama.. Pero subsiste aun un aspecto distintivo. Hasta la década de 1930, la escuela neoclásica había dirigido todos sus esfuerzos a mejorar la representación del comportamiento individual que está por detrás de la determinación de los precios de mercado y, particularmente, de los precios relacionados con las remuneraciones de los “factores productivos”. Sin embargo, mucho antes que ellos, tanto fisiócratas como mercantilistas habían avanzado en dos direcciones que ahora Keynes retomaba: la explicación de ciertos fenómenos propios de una economía nacional tomada en su conjunto y la capacidad del Estado para actuar sobre ellos. El procedimiento adoptado por Keynes para construir su sistema económico no difiere en su sustancia del utilizado habitualmente desde los orígenes de la economía política. Se trata, en su esencia, de un intento de establecer relaciones causales entre fenómenos observables que se repiten..

Lo que convirtió al sistema económico de la Teoría General en revolucionario no fue entonces su método, sino su particular elección en lo que respecta a las variables independientes y dependientes[6]. Allí, todo es novedoso. Las variables independientes pueden agruparse, según Keynes en tres conjuntos: i. factores psicológicos: la

propensión a consumir, la preferencia por la liquidez y la eficiencia marginal del capital; ii. el salario que está determinado por la lucha entre trabajadores y capitalistas; y iii. la oferta monetaria establecida por el Banco Central. La principal variable dependiente es el ingreso nacional, directamente asociado con el nivel de ocupación.

El nivel de empleo se convierte de este modo –y por vez primera- en una variable endógena del sistema; tradicionalmente la ocupación se consideraba fijada de antemano y era, por tanto, una variable independiente. En lo que respecta a la elección de las variables exógenas se presentan al menos tres innovaciones esenciales. Keynes deja librada la determinación del salario nominal al enfrentamiento entre obreros y empresarios; la cantidad de dinero, a las decisiones autónomas del Estado, y el volumen de inversión a las expectativas de los capitalistas[7].

Hasta entonces las controversias en el terreno de los sistemas económicos estaban asociadas preferentemente a la explicación de tres fenómenos: la inflación y deflación de los precios, el resultado del comercio exterior y los flujos monetarios, y el efecto económico de las distintas clases de impuestos. El propio Keynes había realizado aportes en estos campos, mediante modelos de alto grado de sofisticación; pero, hasta la preparación de la Teoría General, sus esfuerzos estaban principalmente dirigidos a explicar el comportamiento agregado de los precios -variable dependiente por excelencia- y no el volumen de ocupación de los recursos existentes. Este es, de hecho, el propósito de las Ecuaciones Fundamentales de su *Treatise on Money* (1930). En el contexto de la Gran Depresión la preocupación de los economistas deja de apuntar al nivel de precios, la balanza comercial y el presupuesto; estas cuestiones ceden su lugar al apremiante problema del desempleo[8].

Segundo paso: crítica al marginalismo.

Nos ocuparemos ahora del segundo nivel de análisis presente en la Teoría General. A primera vista, Keynes podría haberse limitado únicamente a presentar su sistema económico, de por sí suficientemente polémico. Sin embargo, la cosa no era tan sencilla, por motivos vinculados tanto con aspectos prácticos como teóricos. En primer lugar, las conclusiones referentes a las políticas públicas que se derivaban de su modelo chocaban con el discurso económico dominante de la época, es decir, con las recomendaciones habituales de la mayoría de los economistas consagrados. Durante la década que antecede a la publicación de la Teoría General, en medio de un clima de estancamiento crónico (en Inglaterra la crisis se manifestaba desde el final de la primera guerra mundial) había asomado entre los economistas profesionales una fuerte oposición a toda propuesta que apuntara a la participación vigorosa del Estado en la resolución de la cuestión del desempleo[9]. Pero, en segundo lugar, los aspectos teóricos del cuerpo doctrinario de la época tampoco admitía que Keynes presentara su nuevo sistema sin más aclaraciones. Algunos de los mecanismos observados por Keynes eran diametralmente opuestos a los descritos por la teoría económica vigente[10].

Si pretendía enfrentar las objeciones teóricas para acabar al mismo tiempo con la resistencia a sus recomendaciones prácticas, la presentación del modelo ineludiblemente debía venir acompañada de una crítica que apuntara a ciertos aspectos de la teoría ortodoxa. A la vuelta del siglo XX, los representantes de la corriente económica principal en el mundo anglosajón eran Alfred Marshall y sus discípulos de Cambridge. Hacia ellos debía dirigir sus cuestionamientos teóricos. Keynes anuncia esta embestida en el Prefacio:

“For in orthodox economics is at fault, the error is to be found not in the superstructure, which has been erected with great care for logical consistency, but in a lack of clearness and of generality in the premises” (Keynes, 1936: v)

En la segunda capa de la Teoría General se desarrolla una crítica a la teoría marginalista (Keynes la denomina “teoría clásica”, para incluir ciertos desarrollos de David Ricardo). A grandes trazos, las acusaciones de Keynes a las premisas teóricas pueden agruparse en tres categorías: adulteraciones empíricas, fallas lógicas y errores que provienen de pasar por alto ciertas transformaciones históricas de la sociedad. Sin embargo, su crítica fundamental apunta a un rasgo peculiar de la teoría neoclásica. Según Keynes las líneas tradicionales toman “the influence of money as something so to speak separate from the general theory of supply and demand” (Keynes 1936: vii). Esta separación debe superarse a través de la construcción de lo que él denomina una “economía monetaria”. Para no llevar una existencia teñida por la contradicción, la presentación de su sistema económico –el conjunto de simples relaciones fenoménicas que se repiten, distinguiendo entre variables determinantes y determinadas- debe necesariamente desembocar en una crítica de ciertos aspectos de la teoría marginalista. Sin detenernos en un repaso detallado de esas críticas, podemos enumerar sucintamente algunos de sus ejes argumentales. Quedará así en evidencia que el modelo no puede formularse en los términos de la Teoría General sin aceptar antes la crítica a la teoría heredada.

En el sistema de Keynes, el salario nominal aparece como una variable independiente. La teoría marginalista afirma, en cambio, que el salario se fija a través de la acción recíproca de la oferta y demanda de trabajo, es decir, en el “mercado de trabajo”. Esto contradice la posición de Keynes, basada en los hechos, según la cual el salario “is determined by the bargains reached by employers and employed” (1963: 247), negociación que no depende de la productividad del trabajo ni de su “desutilidad”, sino de la fuerza relativa de las clases sociales según las circunstancias particulares. Para defender el carácter exógeno del salario nominal, Keynes se ve forzado a impugnar el mercado de trabajo neoclásico, en tanto “lugar analítico” de la determinación del nivel de salario.. El salario nominal deja de ser una variable endógena para ser un factor externo fijado “fuera” del sistema.

Continuemos: el nivel de producción y ocupación son para Keynes variables determinadas, de modo que su sistema admite la posibilidad de un exceso de oferta de mercancías en general que se sostiene indefinidamente (el llamado general glut). La ley de los mercados de Say, adoptada por los clásicos y neoclásicos, justamente niega esta alternativa, ya que la producción de nuevas mercancías implica la creación de un poder de compra equivalente.. De esta manera el único equilibrio estable del sistema neoclásico es el que agota la mano de obra disponible[11]. El paso siguiente es convertir a la plena ocupación en un supuesto. La ley de Say es justamente el mecanismo por el cual el nivel de empleo se convierte en una variable exógena.

En su versión moderna, esta ley está implícita en la teoría del equilibrio general, que tiene como condición para la determinación de los precios relativos que todas las mercancías en existencia sean compradas y vendidas, es decir, el pleno empleo es también un supuesto del equilibrio general. Tanto en el caso del equilibrio general como en el equilibrio parcial, el sistema se mueve como si sólo existieran mercancías y no es posible acumular poder de compra como tal. Nuevamente, para sostener su sistema, Keynes se ve forzado a cuestionar la ley de Say: la demanda puede entonces ubicarse a niveles inferiores a los de pleno empleo; pero aun fuera de la plena ocupación la producción y el empleo se encuentran en una situación de equilibrio de corto plazo. El dictum de Say se invierte: ahora la demanda crea su propia oferta. El sistema es

compatible con –y pretende explicar los determinantes de- distintos niveles de ocupación de equilibrio estable[12].

Pero la composición de la demanda agregada (demanda de consumo y demanda de inversión) según la Teoría General, cuyo papel es crucial en la determinación de la ocupación real de los recursos, tampoco cabe en el cauce neoclásico convencional. Empecemos por el consumo. Desde su surgimiento como nueva corriente en el pensamiento económico, el marginalismo reclamó como uno de sus aspectos distintivos e innovadores, su forma particular de determinación para la demanda individual de mercancías. En su papel de historiador, M. Blaug sostiene que

“Se supone de ordinario que el término de ‘revolución marginal’ se refiere al descubrimiento casi simultáneo, pero completamente independiente, del principio de la utilidad marginal decreciente como el bloque fundamental de la nueva microeconomía estática, realizado por Jevons, Meger y Walras a principios del decenio de 1870.” (Blaug, 1985:374)

Pues bien, este pilar de la construcción marginalista –la utilidad marginal-, no ocupa ningún papel en la construcción de Keynes. En su sistema sólo es relevante la demanda agregada de bienes de consumo. La sociedad en su conjunto destina una parte del ingreso al consumo y el resto al ahorro. La proporción del ingreso que se consume nada tiene que ver con la utilidad marginal, o con las consideraciones acerca de la preferencia en el tiempo de los individuos. La propensión a consumir es otra de sus variables independientes, fundada en motivos subjetivos como la precaución, la previsión, el cálculo, el mejoramiento, la independencia, el orgullo y la avaricia. No participa en su formación el proceso de maximización individual de la utilidad. Como vimos, y a contramano de la teoría establecida de los salarios, la utilidad marginal tampoco interviene en la determinación del salario ya sea en términos nominales o reales. La Teoría General necesita nuevamente convertir en causa lo que era un efecto, y cambiar por otras sus antiguas determinaciones.

Conviene mencionar en esta apretada enumeración un último aspecto que permite enlazar la crítica de Keynes al marginalismo con su tercer nivel de análisis. Se trata de la determinación del volumen de inversión de los capitalistas. La versión neoclásica ubica este problema en su “mercado de (nuevo) capital”. Aquí, análogamente a lo que ocurre con el mercado de trabajo, la oferta y la demanda de capital determinan tanto la cantidad como el precio de las nuevas inversiones. La oferta de capital por parte del público en general (ahorro) y la demanda de capital por parte de los empresarios (inversión) fijan de manera conjunta la magnitud de la tasa de interés. La tasa de interés de equilibrio es la que iguala la preferencia entre consumo presente y consumo futuro – la preferencia en el tiempo- con la productividad física del capital. Esta representación entra en oposición frontal con el sistema económico de la Teoría General, forzando a Keynes a cuestionar todo el aparato conceptual neoclásico. Desarrollaremos detalladamente su crítica más adelante.

Repasemos, de momento, las diferencias que se presentan en el listado de variables dependientes e independientes keynesianas y neoclásicas que participan en la determinación del volumen y precio de las nuevas inversiones de capital. Para Keynes, el rendimiento del capital es una variable exógena del sistema, que depende fuertemente de las expectativas sobre el futuro, más precisamente de las “psychological expectations of future yield from capital-assets” (ibid.). La magnitud precisa de la tasa de interés, por su parte, surge en la Teoría General de la relación entre dos funciones también independientes. Una de ellas está sujeta a las expectativas de los individuos sobre el futuro: “the psychological attitude to liquidity” (ibid.). Si la preferencia por la liquidez

es de naturaleza psicológica, podríamos decir que el otro factor que interviene en la fijación de la tasa de interés es eminentemente política: “the quantity of money as determined by the action of central bank” (ibid.).

Como vemos, las críticas directas al marginalismo que aparecen en la Teoría General no son pocas, ni menores. Al repasarlas, comienza a delinearse una explicación plausible para la mala reputación que se ganó la obra entre los continuadores neoclásicos de Keynes. Sus contemporáneos y discípulos estaban dispuestos a discutir los distintos aspectos relativos al nuevo sistema económico que se exponía en el libro. Pero se negaron a polemizar sobre las críticas a la doctrina neoclásica que se desprendían forzosamente de las diversas variables y funciones seleccionadas para el innovador modelo. La macroeconomía se limitó a partir de entonces a discutir la relevancia empírica de la representación de Keynes, modificando un aspecto u otro de su sistema, mientras el otro compartimiento de la teoría neoclásica, la microeconomía, permanecía indiferente a estos torneos. Allí se siguieron predicando las mismas enseñanzas de siempre, como si nada hubiera cambiado. Pese a las ataques recibidos, subsistieron intactos el mercado agregado de capital, el mercado agregado de trabajo, los supuestos de plena ocupación del equilibrio general, las decisiones individuales fundadas en el principio de la utilidad marginal decreciente. Pero la eliminación del debate frontal con la crítica trajo las severas consecuencias para la teoría tradicional. La macroeconomía se convirtió en una rama de la economía no teórica sino meramente descriptiva. Todos sus desarrollos se limitan a establecer qué variable afecta a qué otra variable y en qué medida lo hace. Se trata de un retrato superficial de las relaciones aparentes entre los fenómenos, simples relaciones de causa-efecto, que se rehúsa a penetrar en su naturaleza. Hegel, en su Lógica, se vale de un irónico ejemplo para ilustrar la insuficiencia de las explicaciones basadas en la relación de causalidad: ¿Es la lluvia la causa y la humedad el efecto o, por el contrario, es la humedad la que provoca la lluvia?[13]

Sin embargo, el avance de Keynes sobre el horizonte de la teoría heredada no se detiene al nivel de la crítica. La cantidad de dinero fijada por el gobierno y a la preferencia psicológica por la liquidez se encuentran en su sistema implicadas en la determinación de la tasa de interés. Esta incursión produjo en el aparato conceptual neoclásico un desgarramiento de mayor profundidad. Conviene referirnos a él como un tercer nivel de análisis.

Tercer paso: la rebelión de los fundamentos.

El sistema económico de Keynes lo obligó a avanzar sobre la crítica de ciertos aspectos de la teoría neoclásica. Keynes impugna al mercado neoclásico de capital. La tasa de interés es un “fenómeno monetario” mientras que en el rendimiento del capital son esenciales las expectativas de los empresarios sobre el futuro. Ambos factores confluyen en la determinación del volumen de inversión, una variable crucial en la estructura causal ya que, dada la propensión a consumir “the equilibrium level of employment ... will depend on the amount of current investment” (Keynes, 1936: 27). El papel que desempeñan las variables involucradas en el sistema necesitan de una crítica a la teoría neoclásica. Sin embargo, al separar el rendimiento del capital de la tasa de interés, Keynes ve renacer a un personaje, largamente olvidado por la teoría económica ortodoxa: el dinero. Mientras el capital permite a su propietario obtener un rendimiento, el dinero otorga a su poseedor un ingreso según la magnitud de la tasa de interés.

Así que no se trata simplemente de criticar la forma en que la teoría neoclásica determina la magnitud de la tasa de interés sino que, para hacerlo, es preciso además establecer una distinción conceptual entre capital y dinero. Pero tampoco alcanza con

formular hipótesis sobre la determinación cuantitativa de la ganancia y el interés, considerados como dos magnitudes separadas, correspondientes a dos conceptos desdoblados. Es menester desentrañar la naturaleza misma de estos dos objetos en esencia distintos: el dinero y el capital. La investigación no apunta ahora al “cuánto” sino al “qué”. Es por eso que, si la crítica de Keynes al marginalismo fue pasada por alto por la literatura posterior, su visita a los fundamentos de la teoría fue redondamente sepultada: sin temor a exagerar, puede afirmarse que casi ningún autor posterior retomó esta senda[14]. En particular, la cuestión de las categorías fundamentales no logró conquistar su lugar dentro de las incumbencias de la macroeconomía. Esta actitud de desdén hacia la discusión de las categorías no impidió, por cierto, que los economistas se refirieran a ellas con toda naturalidad (o, más bien, con toda impunidad). Pareciera que la macroeconomía no tiene que dar cuenta de la naturaleza del interés, de la ganancia, del dinero y del capital para discutir los factores que afectan su magnitud. Después de todo, ¿quién ignora lo que es el capital?, ¿quién no reconoce al dinero cuando se topo con él?. Así, la ciencia debe resignarse a compartir acriticamente las categorías que pertenecen al conocimiento inmediato.

Se comprende fácilmente que estos grandes interrogantes -¿qué son el dinero y el capital?¿cuáles las fuentes del interés y la ganancia?- abren el camino a cambios de mayor trascendencia. Pero además, en base a estos nuevos fundamentos, Keynes puede hacer volar su imaginación y se permite fantasear sobre alternativas de reforma de mayor alcance para la sociedad en su conjunto. En lugar de “naturalizar” y eternizar a la ganancia y al interés, al capital y al dinero, cree haber dado con su verdadero origen. Desde ese punto de arranque es posible considerar bajo qué condiciones es plausible terminar con ellos. Al penetrar en las categorías fundamentales y preguntarse sobre su naturaleza histórica, se presenta la posibilidad de plantear las futuras transformaciones de la sociedad capitalista. Este rasgo eleva la obra de Keynes –más allá, por cierto, de sus aciertos en este terreno- sobre el horizonte temático de la macroeconomía neoclásica a la que su obra dio origen.

“If I am right in supposing it to be comparatively easy to make capital-goods so abundant that the marginal efficiency of capital is zero, this may be the most sensible way of gradually getting rid of many of the objectionable features of capitalism. For a little reflection will show what enormous social changes would result from gradual disappearance of a rate of return on accumulated wealth.. A man would still be free to accumulate his earned income with a view to spending it in a later date. But this accumulation would not grow .... Though the rentier would disappear, there would still be room, nevertheless, for enterprise and skill in the estimation of prospective yields about which opinions could differ.” p. 220 –1 cap 16

Es un error, posiblemente intencionado, tomar estas propuestas como simples exabruptos de un Keynes aterrorizado por las secuelas sociales del desempleo crónico o por las posibilidades de triunfo en Europa occidental del comunismo o del fascismo. La estricta verdad es que sus observaciones continúan y se desprenden rigurosamente del desarrollo de su teoría, cuando se la considera sin acudir la censura. Sostuvimos que su sistema económico (de ecuaciones) lo empujó a avanzar hacia la crítica de la teoría neoclásica y que fue esta crítica la que, por su parte, lo obligó adicionalmente a revisar las categorías fundamentales. Pasemos ahora a la cuestión del capital.

Teoría neoclásica del capital: la versión marshalliana.

La dificultad para reconstruir la teoría del capital vigente en la época de Keynes[15] reside en por lo menos tres imprecisiones. En primer lugar, no es fácil identificar una



única explicación acerca de la naturaleza del capital en el seno de la escuela neoclásica dominante. En su tratado sobre la historia crítica de la teoría del capital y el interés, cuya última edición data de 1914[16], Eugene von Böhm-Bawerk advierte sobre esta amplia diversidad:

“[E]l estado actual de las doctrinas sobre el interés del capital se nos revela como un mapa abigarrado de las opiniones más dispares, ninguna de las cuales es lo suficientemente fuerte para triunfar sobre todas ni se siente tampoco lo bastante débil para darse por vencida y cuya variedad indica ya de por sí al hombre imparcial la masa de error que necesariamente tiene que encerrarse en ellas” (Bohm-Bawerk, 1986: 31)

Entre estas variadas expresiones alternativas, Böhm-Bawerk, distingue al menos cinco tradiciones fuertes para la explicación del origen de la ganancia. Conviven una al lado de la otra las teorías basadas en la productividad, en el uso del capital, en la abstinencia, en el “trabajo” del capital y en la explotación del trabajo. En su obra de *Positive Theorie* agrega él mismo una sexta: la teoría del agio (premio).

Podría aducirse que la primera dificultad señalada –la pluralidad– no es tal, por lo menos en lo que respecta a la crítica de Keynes. Porque si bien coexistían en aquel tiempo variadas teorías para explicar el capital y la ganancia, la única realmente relevante para nuestro propósito es la que predominaba entonces en Cambridge, en particular la que sostenía Marshall, el autor que ejercía mayor influencia sobre Keynes. Sin embargo, la tarea de identificar una clara y unívoca teoría del interés (y por tanto del capital) a la que dirigir los golpes de su crítica resultó una difícil tarea para el propio Keynes.

“What is the Classical Theory of the Rate of Interest? It is something upon which we have all been brought up and which we have accepted without much reserve until recently. Yet I find it difficult to state it precisely or to discover an explicit account of it in the leading treatises of the modern classical school” (Keynes, 1936: 175)

Al problema de las imprecisiones en la formulación de la teoría, y al de la multiplicidad de teorías en competencia, debe añadirse otro, aún más importante. Como señalamos, Keynes establece una tajante separación entre el capital y el dinero, que se refleja en un tratamiento también diferenciado para la rentabilidad del capital y la tasa de interés. En su tiempo, con muy pocas y marginales excepciones, prácticamente todos los economistas, sostenían que es el capital es el que arroja interés. Las categorías rentabilidad (o ganancia) e interés quedan de esta manera soldadas entre sí y convertidas en una sola. Así, Böhm-Bawerk se pregunta: “¿De dónde y por qué obtiene el capitalista este aflujo interminable de bienes, sin esfuerzo alguno de su parte? Estas palabras encierran el problema teórico del interés” (op. cit.: 27).

Para Keynes, en cambio, el rendimiento de un nuevo equipo capital, es decir, “the marginal efficiency of capital is, in itself, a different thing from the ruling rate of interest” (Keynes 1936: 165). Como dijimos, esta formulación es por completo incompatible con todas las teorías de cuño marginalista. Para los neoclásicos, interés y ganancia son sinónimos y, aunque a veces los distinguen desde el punto de vista estrictamente terminológico, vuelven a reunirlos nuevamente al buscar sus determinaciones, ya que ambos (es decir, el interés-ganancia) brotan de la misma fuente: el capital. A contramano del grueso de los economistas del mainstream, J. E. Schumpeter, por ejemplo, reconoce en esta distinción uno de los aportes más importantes de Keynes:

“Keynes se aparta de este punto de lo que he llamado la tradición de Barbon y, por lo menos en la intención, formula una teoría monetaria del interés según la cual éste no se deriva de ni expresa nada que tenga algo que ver, en la forma que sea, con el rendimiento neto de los bienes de capital ... [S]e trata tal vez de la aportación original

más importante de la General Theory desde el punto de vista estricto del análisis teórico.” (Schumpeter, 1982:1274)

Señalada la dificultad, más conceptual que meramente terminológica, concentremos la atención primeramente en la teoría del capital de Marshall, que es la que será sometida a crítica. Intentaremos en nuestra exposición separar con el mayor grado posible de fidelidad la teoría del interés y la de la ganancia propiamente dicha.

La definición capital empleada por Marshall no se aparta del uso corriente:

“[T]he language of the market-place commonly regards a man’s capital as that part of his wealth which he devotes to acquiring an income in the form of money; or, more generally, to acquisition (Erwerbung) by means of trade” (Marshall, 1948: 71)

Después de tomar la definición del capital del lenguaje ordinario, hace una distinción al interior del capital entre los bienes externos que el hombre utiliza directamente en su comercio y los que aplica a la producción de bienes comerciables:

“Among its conspicuous elements are such things as the factory and the business plant of a manufacturer; that is, his machinery, his raw material, any food, clothing, and house-room that may hold for the use of his employees, and the goodwill of his business” (op. cit. p.72).

A estos elementos del capital hay que agregar las posesiones sobre las que tiene derechos y que le proporcionan un ingreso, incluyendo “all the command over capital which he may hold under the complex forms of the modern ‘money market’” (ibidem). Para llegar al capital del que dispone un capitalista, a este total deben restarse todas sus deudas. Una vez definido el término capital, Marshall distingue una serie compleja de categorías relacionadas con el concepto capital, todas ellas también provenientes de la práctica comercial usual. Veremos que a través de esta separación, el interés, la ganancia, los ingresos del management y las cuasi-rentas del capital se presentan primeramente como si se trataran de categorías distintas. El interés propiamente dicho es lo que se obtiene por un préstamo en dinero. La ganancia es el exceso de los ingresos del negocio sobre los desembolsos, a los que se suma o resta el cambio de valor en su stock de instrumentos y mercadería terminada entre el comienzo y final del período. Llama ingresos de la empresa (earnings of management) a lo que queda de las ganancias al deducir los intereses correspondientes al capital involucrado, calculados a la tasa corriente. La tasa anual de ganancia es, a su vez, el cociente entre las ganancias anuales y el valor monetario del capital, aunque, señala Marshall, este cálculo involucra la difícil estimación del valor monetario del capital. Por último, aunque el término renta se emplea comúnmente para referirse a todo pago que se recibe a cambio del préstamo de una cosa particular (una casa, un piano, una máquina de coser), Marshall prefiere reservarlo para los ingresos derivados “from the free gifts of nature”. La renta corresponde entonces, genéricamente, a los ingresos que se derivan del uso de la tierra. Introduce para los ingresos que provienen de los bienes de capital el término “cuasi-renta”.

“[T]he term Quasi-rent will be used in the present volume for the income derived from machines and other appliances for production made by man ... we cannot properly speak of the interest yielded by a machine. If we use the term ‘interest’ at all, it must be in relation not to the machine itself, but to its money value. For instance if the work done by a machine which cost £100 is worth £4 which is equivalent to interest at four per cent. on its original cost: but if the machine is worth only £80 now is yielding five per cent. on its present value”. (Marshall, 1948: 74)

Como se ve, las categorías abundan. Sin embargo, Marshall no se dedica a desentrañar los determinantes de cada una de sub-categorías en las que divide el interés. Antes bien, cuando debe explicar su origen, vuelve a unificarlas. De manera que el problema del capital remite en última instancia a la pregunta formulada Bohm-Bawerk: “¿De dónde y por qué obtiene el capitalista este aflujo interminable de bienes, sin esfuerzo alguno de su parte?”. Es decir, ¿cuál es el origen del interés?. Marshall contesta este interrogante mediante un rodeo. Investiga en primer lugar el modo en el que se determina el tipo de interés, que engloba a todas las categorías mencionadas.

La exposición es coherente con su concepción general acerca de la determinación del precio de cualquier mercancía, pues el interés resulta de la interacción de la oferta y demanda de capital. Pero en el caso del capital, oferta y demanda no surgen genéricamente de las preferencias del consumidor y los ingresos por ventas del capitalista, sino que remiten a dos atributos específicos del capital mismo. La prospectiveness del capital está por detrás de la oferta, mientras su productiveness es la causa de su demanda.

“[T]he chief demand for capital arises from its productiveness, from the services which it renders, for instance, in enabling wool to be spun and woven more easily than by the unaided hand, on in causing water to flow free wherever it is wanted instead of being carried laboriously in pails ... On the other hand the supply of capital is controlled by the fact that, in order to accumulate it, men must act prospectively: they must ‘wait’ and ‘save’, they must sacrifice the present to the future” (op. cit. p. 81)

En términos de Bohm-Bawerk, la teoría de Marshall es una combinación entre la explicación de la ganancia basada en la productividad física del capital, y la que encuentra su origen en la abstinencia del capitalista. Para evitar el obvio –y entonces habitual- cuestionamiento a la teoría de la abstinencia prefiere asociar la ganancia del capital al sacrificio involucrado en la “espera”, a la que denomina también “prospectiveness”:

“The sacrifice of present pleasure for the sake of future has been called abstinence by economists. But this term has been misunderstood: for the greatest accumulators of wealth are very rich persons, some of whom live in luxury, and certainly do not practice abstinence in that sense of the term in which it is convertible with abstemiousness ... we may with advantage avoid its use, and say that the accumulation of wealth is generally the result of a postponement of enjoyment, or of a waiting for it. Or, in other words again, it is dependent on man’s prospectiveness; that is, his faculty of realizing the future” (op. cit.: 233)

El capitalista obtiene una ganancia porque se abstiene de consumir, aplazando el disfrute y posponiéndolo en el tiempo. En su obra posterior *Money, Credit and Commerce*, Marshall no se priva de comparar –como ya lo había hecho W. N. Senior, primer exponente de la teoría de la abstinencia- el sacrificio que representa la espera para el capitalista con el esfuerzo que implica el trabajo para el obrero. En ambos casos debe existir una remuneración que compense el sufrimiento de uno y otro.

“We are justified in speaking of interest on capital as the commercial reward of the sacrifice involved in the waiting for the enjoyment of material resources, only because few people will save much without reward; just as we speak of wages as the commercial reward for labour, because few people would work hard without reward” (Marshall, 1923: 232-3)

En suma, Marshall sostiene ambas posiciones: el capital tiene el atributo de la productividad, es decir, “produce”; de ahí se deriva su demanda. Pero ofrecer capital implica abstenerse de consumir ciertos bienes, lo que implica un sacrificio que requiere como recompensa: el pago de un interés[17]. Así, el interés es el factor que equilibra el deseo de ahorrar con la demanda de inversión, igualando la desutilidad marginal de la espera –el sacrificio de la abstinencia- con la productividad marginal del capital[18].

Esta teoría del interés-ganancia es la que está expuesta en los Principios de Marshall. Pero tanto en sus declaraciones ante distintas comisiones del Parlamento Inglés como en su tratado sobre Money, Credit and Commerce, tiene en cuenta la influencia de ciertos aspectos monetarios sobre la tasa de interés. El oro que ingresa al país cae primeramente en manos de los bancos, induciéndolos a prestar con mayor liberalidad. Esta abundancia de crédito reduce la tasa de interés. Sin embargo, el efecto es sólo transitorio, ya que más adelante la abundancia de dinero produce un incremento en los precios, que a su vez provoca un incremento en la tasa de interés que compensa la caída inicial (Marshall, 1923: 257 y 73)[19]. Aunque las perturbaciones monetarias afectan el interés, su determinación debe buscarse en las condiciones de la oferta y demanda de capital “libre” para inversiones. Por lo tanto la tasa de interés-ganancia es en sus fundamentos, una fenómeno de la economía “real”.

“The supply of gold exercises no permanent influence over the rate of discount. The average rate of discount permanently is determined by the profitableness of business. All the influx of gold is to make a sort of ripple on the surface of water” (Marshall, 1926: 41).

La incursión crítica de Keynes[20].

En lo esencial, los marginalistas carecen de los medios teóricos para distinguir entre la tasa de interés del dinero y el rendimiento del capital. La crítica de Keynes dispone entonces de un campo fértil para desplegarse y proliferar. Como vimos, Marshall llama genéricamente interés al ingreso que corresponde al propietario del capital y que parece brotar de este último. Aunque no puede pasar por alto la influencia –evidente en la práctica- de los cambios en las condiciones monetarias sobre la tasa de interés, la considera simplemente circunstancial. Pero aun así, este intento de integración entre su explicación de tipo “monetaria” y su determinación de tipo “real” es, por lo menos, insuficiente. El primer paso de la crítica consiste justamente en señalar esta contradicción:

“[T]he classical school have had quite different theory of the rate of interest in Volume I dealing with the theory of value from that they have had in Volume II dealing with the theory of money. They have seemed undisturbed by the conflict and have made no attempt, so far as I know, to build a bridge between the two theories” (Keynes, 1936: 183)[21]

Keynes, por su parte, toma esta distinción entre interés y rendimiento como su punto de arranque. Denomina eficiencia marginal del capital al ingreso que se obtiene por la puesta en producción de una unidad adicional de equipo capital y reserva el término tasa de interés para el rendimiento que se obtiene al desprenderse del dinero en efectivo mediante la compra de un activo. Si bien la eficiencia marginal del capital tiende a coincidir con la tasa de interés, a través de los cambios en el volumen de la inversión, se trata de dos categorías distintas con determinantes distintas. Es decir, aunque existe un proceso que las iguala, no puede decirse que una “dependa” de la otra:

“Nor are those theories [neoclásicas, AK] more successful which attempt to make the rate of interest depend on ‘the marginal efficiency of capital’. It is true that in equilibrium the rate of interest will be equal to the marginal efficiency of capital, since

it will be profitable to increase (or decrease) the current scale of investment until the point of equality has been reached. But to make this into a theory of the rate of interest or to derive the rate of interest from it involves a circular argument, as Marshall discovered .... For the 'marginal efficiency of capital' partly depends on the scale of current investment, and we must already know the rate of interest before we can calculate what this scale will be." (op. cit.: 184 )

En el caso de Marshall esta identidad reaparece permanentemente. Pero la confusión entre interés y rendimiento deriva de otra falla más general de la economía neoclásica: el dinero está en general excluido de su representación de la sociedad capitalista – equiparable en lo fundamental, según Keynes, a una “economía de trueque”-, y cuando aparece lo hace simplemente como un bien cualquiera que se designa como numerario. Las funciones del dinero y los problemas monetarios se introducen luego desde afuera del sistema teórico. Desde este ángulo, resulta natural que el interés se confunda con la ganancia y viceversa.

“The perplexity which I find in Marshall’s account of the matter is fundamentally due, I think, to the incursion of the concept of ‘interest’, which belongs to a monetary economy, into a treatise which takes no account of money ... these writers [neoclásicos, AK] are not dealing with a non-monetary economy (if there is such a thing). They quite clearly presume that money is used and there is a banking system” (op. cit.: 190)

Más allá de esta indistinción general, cuando se refiere estrictamente al capital, Marshall recurre a una combinación de la explicación de la productividad con la que se basa en la abstinencia, ambas de raíz más antigua. Pero Keynes se ocupa de cuestionar, por turno, los dos flancos de la teoría.

El capital deriva su capacidad para arrojar una ganancia de la cualidad suya de ser productivo (“productiveness”). Al igual que el resto de las teorías de la productividad, Marshall sostiene que el aumento en una unidad física en la cantidad de capital utilizado genera un incremento en la cantidad física de producto. El rechazo de esta explicación por parte de Keynes es terminante. No es posible medir el capital en unidades físicas y mucho menos establecer una proporción cuantitativa con las unidades físicas adicionales que su empleo aporta al producto:

“There is, to begin with, the ambiguity whether we are concerned with the increment of physical product per unit of time due to the employment of one more physical unit of capital, or with the increment of value due to the employment of one more value unit of capital. The former involves difficulties as to the definition of the physical unit of capital, with I believe to be both insoluble and unnecessary. It is, of course, possible to say that ten labourers will raise more wheat from a given area when they are in a position to make use of certain additional machines; but I know no means of reducing this to an intelligible arithmetical ratio which does not bring in values. Nevertheless many discussions of this subject seem to be mainly concerned with the physical productivity of capital in some sense, though the writers fail to make themselves clear.” (op. cit.: 138)

En esta crítica puede verse una notable similitud con el tipo de argumentos esgrimidos durante la década de 1960 en el marco de la llamada controversia del capital[22]. En efecto, la escuela neoclásica pretende cuantificar “el capital agregado”, cuando se trata de un conjunto de bienes heterogéneos. Para medir el volumen del capital en general como una única magnitud agregada es necesario introducir en el cómputo el valor de cada elemento físico del capital, pero aquí es donde la teoría neoclásica resbala,

cayendo en un argumento circular, porque el valor del capital brota justamente de su productividad física[23].

La teoría de Marshall combina esta explicación de la ganancia basada en la productividad física del capital con elementos propios de una teoría de la abstinencia. Un corolario de la explicación basada en la “espera”, “prospectiveness” o abstinencia, es que cada acto de ahorro “engendra” nueva riqueza bajo la forma de interés. Para exponer la crítica contenida en la Teoría General a esta concepción, no podemos evitar rozar por un momento ciertos aspectos de su teoría del dinero –aspectos que propusimos dejar de lado en el presente estudio sobre el capital. Keynes señala que la tasa de interés, en tanto fenómeno monetario, no proviene de la abstinencia, ni de la espera, ni de la preferencia en el tiempo:

“[T]he mistake originates from regarding interest as the reward for waiting as such, instead of as a reward for not-hoarding...” (op. cit.: 138)

“It should be obvious that the rate of interest cannot be a return to saving or waiting as such. For if a man hoards his savings in cash, he earns no interest, though he saves just as much as before.” (op. cit.: 166-7)

Pero aun así, un acto de ahorro podría producir nueva riqueza si la riqueza ahorrada se convirtiera en una inversión de igual monto en un nuevo equipo o si, al menos, la provocara inevitablemente. Pero para que esto ocurriera, todo acto ahorro individual tendría que ser a la vez una inversión en capital físico, o bien, debería implicar la segura adquisición de bienes en el futuro. La primera posibilidad está descartada: el acto de ahorro no obliga a realizar una nueva inversión. Pero si fuera cierta la segunda, es decir, si el ahorro asegurara un incremento cierto del consumo en una fecha precisa, el resultado sería equivalente, porque se desencadenaría un aumento en la inversión para satisfacer esa demanda de consumo futuro. Pero éste no es tampoco el caso. En la práctica, el ahorro sólo implica la reducción en el consumo presente, lo que –bajo ciertas condiciones- probablemente provoque, como toda reducción de la demanda corriente, una disminución del producto y el empleo actuales.

“In any case, however, an individual decision to save does not, in actual fact, involve the placing of any specific forward order for consumption, but merely the cancellation of a present order ... The trouble arises, therefore, because the act of saving implies ... a desire for ‘wealth’ as such, that is for a potentiality of consuming an unspecified article at an unspecified time” (op. cit.: 211)

El ahorro está motivado por el deseo de poseer una riqueza mayor. Pero ese deseo no se transforma directamente en inversiones adicionales[24]. La meta de incrementar su riqueza por parte de un individuo no implica necesariamente la adquisición de un nuevo bien de capital ni trae consigo, por tanto, un incremento en la producción. La abstinencia con respecto al consumo, es decir, el ahorro no es para Keynes capaz entonces de “crear” interés ni de producir por sí ganancia.

En resumidas cuentas, Marshall sostenía que el interés provenía de las dos cualidades primarias del capital: productiveness y prospectiveness. En otras palabras, si se demandaba capital era por su productividad, mientras que si el capital era ofrecido, se debía a la recompensa que puede obtenerse por el sacrificio de abstenerse de consumir o simplemente por la espera. El nivel preciso de la tasa de interés se derivaba de la relación entre la oferta y la demanda. Luego de cuestionar ambos factores por separado, Keynes concluye:

“[T]he notion that the rate of interest is the balancing factor which brings the demand for saving in the shape of new investment fore coming at a given rate of interest into equality with the supply of saving which results at that rate of interest from the community’s psychological propensity to save, breaks down as soon as we perceive that it is impossible to deduce the rate of interest merely from a knowledge of these two factors” (Keynes, 1936: 211)[25]

Para justificar la operación de su sistema económico (el modelo matemático de determinación del nivel de empleo), Keynes se vio obligado a realizar severas críticas a la teoría neoclásica del capital y el interés. El resultado de esas críticas sienta las bases para su propia teoría del capital, que debe ser consistente con las objeciones presentadas a la teoría tradicional. En primer lugar, no es posible referirse al capital agregado, ya que no hay modo de tratar como un solo objeto a un conjunto de bienes no homogéneos, sin introducir en el cálculo el valor de cada uno de ellos. El capital no existe como un todo y, por tanto, no es productivo en términos físicos. De ahí que sólo pueda estudiarse el producto que se obtiene con la ayuda de cierto equipo de capital en particular, no del capital en su conjunto. Pero tampoco se sostiene una teoría que considere a la abstinencia o la espera como la fuente de la ganancia.[26]

La teoría keynesiana del rendimiento del capital fundada en la escasez.

Para analizar la teoría del capital de Keynes en su pureza es necesario desembarazarse momentáneamente del problema del origen y determinación cuantitativa de la tasa de interés del dinero. El camino que lleva al capital en la Teoría General es, no obstante, especialmente sinuoso. El primer contacto con la naturaleza del capital se entabla por medio de su criatura: el rendimiento. Como no es posible referirse al rendimiento del capital en general, todas las observaciones remiten a un equipo de capital de un tipo particular (capital-asset).

“When a man buys an investment or capital-asset, he purchases the right to the series of prospective returns, which he expects to obtain from selling its output, after deducting the running expenses of obtaining that output, during the life of the asset. This series of annuities  $Q_1, Q_2 \dots Q_n$  it is convenient to call the prospective yield of the investment ... over against the prospective yield of the investment we have the supply price of the capital-asset ... its replacement cost ... The relation between the prospective yield of one more unit of that type of capital and the cost of producing that unit, furnishes us with the marginal efficiency of capital of that type” (Keynes, 1936: 135, subr. en el original)[27]

Una unidad adicional de equipo de capital arroja una serie de anualidades a lo largo de su vida productiva, de manera que el valor actual de su rendimiento total, al que Keynes denomina eficiencia marginal del capital, se calcula como la tasa de descuento que iguala el valor presente de las anualidades con su precio de oferta (es decir, su costo de reposición). Nótese que todo el cálculo se realiza en términos de valor, es decir, no intervienen aquí las unidades físicas de capital ni las de producto, y menos aun una “proporción” entre ellas. Cada nuevo equipo de capital tiene así su propia eficiencia marginal. En pocas palabras, el rendimiento es una relación entre el precio de oferta - monto de la inversión o costo de reposición del equipo- y las anualidades que pueden obtenerse. Las anualidades se calculan como la diferencia entre las ventas de los productos menos los gastos de operación. La suma de las anualidades dividida por la inversión inicial, permite expresar el rendimiento en forma de porcentaje: se trata de una tasa de rendimiento, es decir, de la proporción entre el rendimiento y la inversión inicial.

Para un solo período la expresión de eficiencia marginal sería bien sencilla .. Sin embargo el equipo arroja anualidades de magnitud diversa ( $Q_1, Q_2 \dots Q_n$ ) por sobre su costo de reposición (CR) a lo largo de toda su vida útil, de manera la eficiencia marginal no puede ser un simple cociente entre la sumatoria de las anualidades y la inversión, sino que debe calcularse como la tasa de descuento que iguala el costo de reposición con las anualidades que se obtienen período a período. La condición para que la eficiencia marginal del capital sea positiva es que la suma de las anualidades (SQ), sea mayor que el costo de reposición del equipo (CR). Es evidente que si SQ fuera igual a CR, la eficiencia marginal sería nula.

Veamos ahora de dónde surgen los cambios en la eficiencia marginal de un equipo de capital determinado. Cuando la inversión en ese equipo aumenta, su eficiencia marginal disminuye, pero no porque el equipo se haga físicamente menos productivo, sino por dos efectos que operan simultáneamente en la misma dirección. Por un lado su rendimiento futuro (prospective yield) disminuye al aumentar la oferta de su producto. Pero además su precio de oferta tiende a crecer por el incremento de la demanda de ese equipo. Así, un incremento en la producción de cierto equipo de capital (inversión) tiene como efecto la disminución de su eficiencia marginal mediante el aumento de su precio de reposición y la disminución de su rendimiento futuro. Y es aquí donde interviene la tasa de interés monetaria:

“Now it is obvious that the actual rate of current investment will be pushed to the point where there is no longer any class of capital-asset of which the marginal efficiency exceeds the current rate of interest” (op. cit.: 136)

Este es el modo alternativo propuesto por Keynes para explicar las leyes que gobiernan el rendimiento del capital y –simultáneamente- la determinación del volumen de la inversión. No obstante, al explicar los cambios en la magnitud del rendimiento no se agotan los interrogantes sobre su naturaleza. Falta aún responder la pregunta acerca del origen de la ganancia del capital. Si el capital no es “productivo” en términos físicos, cuál es entonces la fuente de la surge la corriente de ingresos que va a parar a manos de su poseedor a lo largo del tiempo y cuya magnitud se encuentra por encima de su costo de reposición. Keynes responde esta pregunta con toda claridad.

“It is much preferable to speak of capital as having a yield over the course of its life in excess of its original cost, than as being productive. For the only reason why an asset offers a prospect of yielding during its life services having an aggregate value greater than its initial supply price is because it is scarce; and it is kept scarce because of the competition of the rate of interest on money. If capital becomes less scarce, the excess yield will diminish, without its having become less productive –at least in the physical sense.” (op. cit.: 213)

En general, la suma de las anualidades es mayor al costo de reposición del equipo porque la tasa de interés del dinero pone un límite a la inversión. Así, según Keynes, los equipos de capital generan un rendimiento positivo debido únicamente a que su provisión es escasa. El rendimiento del capital no proviene de la productiveness ni de la prospectiveness, sino de la escasez. Podríamos denominar a esta original explicación de la fuente de la ganancia Teoría de la Escasez del Capital. Un resultado que se deriva necesariamente de esta innovadora explicación y que por cierto aleja a Keynes de la escuela neoclásica en todas sus versiones, es que el capital deja de ser un “factor de la producción” ya que no realiza por sus propios méritos aporte alguno al producto en términos materiales. Se convierte en un costo adicional para la producción que surge del hecho de que el capital es escaso. Consecuentemente, el único “factor de la producción” es el trabajo.



“I sympathise, therefore, with the pre-classical doctrine that everything is produced by labour, aided by what used to be called art and is now called technique, by natural resources which are free or cost a rent according to their scarcity or abundance, and by the results of past labour, embodied in assets, which also command a price according to their scarcity or abundance. It is preferable to regard labour, including, of course, the personal services of the entrepreneur and his assistants, as the sole factor of production, operating in a given environment of technique, natural resources, capital equipment and effective demand.” (op. cit.: 213)

Keynes sostiene que la tasa de interés actúa como una traba a la producción de nuevo capital –inversión-, generándose así un rendimiento positivo. Es decir, la suma de las anualidades debe ser siempre mayor al costo de reposición porque si no fuera así, la riqueza se dirigiría hacia la fuente del interés, es decir, hacia una forma alternativa de lograr ingresos a lo largo del tiempo.

“[C]apital has to be kept scarce enough in the long-period to have a marginal efficiency which is at least equal to the rate of interest for a period equal to the life of the capital” (op. cit.: 217)

Pero si alguna circunstancia lograra poner llevar el nivel de la tasa de interés a cero, la inversión en cada equipo de capital crecería hasta anular del todo su rendimiento, haciendo que la suma directa de las anualidades se iguale al costo de reposición. En esta situación el capital dejaría de ser escaso y tendría en promedio un rendimiento nulo, mientras tanto la tasa de interés sería también igual a cero.

El proceso que conduce al incremento de la cantidad de producida, hasta llegar al punto en que se anula la ganancia extraordinaria, es el que caracteriza a todos los bienes en cuya producción no se emplean equipos de capital. Veamos el significado que el término escasez tiene en este contexto. Un bien se encuentra en una situación de escasez si su producción no se incrementó lo suficiente, y por tanto el precio al que se vende el producto excede sus costos de producción. El precio de demanda es en este caso mayor que el precio de oferta; se produce entonces una ganancia extraordinaria. Sin embargo, en la producción de los bienes en general –aquellos que no son equipos de capital- el estado de escasez no puede prolongarse demasiado en el tiempo, ya que pronto comienza a actuar la competencia; nuevas inversiones fluyen hacia esa rama, provocando un aumento de la producción hasta el punto en que el precio de demanda desciende hasta equipararse con el precio de oferta[28]. Ocurriría exactamente lo mismo en la producción de los equipos de capital en el caso en que la tasa de interés fuese igual a cero.

“[A] community ... ought to be able to bring down the marginal efficiency of capital in equilibrium approximately to zero ... with the products of capital selling at a price proportioned to the labour, etc., embodied in them on just the same principles as govern the prices of consumption-goods into which capital-charges enter in an insignificant degree” (221)

Entonces, afirma Keynes, los precios de los equipos de capital serían proporcionales al trabajo requerido para producirlos. Pero, como vemos, esta hipótesis nos conduce a otro terreno: el de las leyes que gobiernan la determinación del precio de las mercancías. En este campo Keynes no se aleja demasiado de la concepción general de Marshall, su maestro, para quien los precios se encuentran en última instancia –i.e. en el largo plazo- regulados por sus costos de producción[29].

“Thus we may conclude that, as a general rule, the shorter the period which we are considering, the greater must be the share of our attention which is given to the influence of demand on value; and the longer the period, the more important will be the influence of cost of production on value.” (Marshall, 1948: 349)

Los costos de producción regulan los precios. Según Keynes, si se redujera a cero la tasa de interés, el precio normal de los equipos de capital caería hasta hacerse proporcional a sus costos de producción. En este punto aparece la diferencia entre Keynes y Marshall en lo que respecta a la cuestión del valor. Para Marshall los costos de producción que gobiernan el precio incluyen al trabajo pero también al capital, es decir, los sacrificios de la espera.

“The exertions of all the different kinds of labour that are directly or indirectly involved in making it; together with the abstinences or rather the waitings required for saving the capital used in making it: all these efforts and sacrifices together will be called the real cost of production of the commodity. The sums of money that have to be paid for these efforts and sacrifices will be called either its money costs of production, or for shortness, its expenses of production; they are the prices which have to be paid in order to call forth an adequate supply of the efforts and waitings that are required for making it; or, in other words, they are its supply prices” (Marshall, 1948: 339)

Para Keynes, por el contrario, el capital no es un factor de producción, ni la recompensa a la espera un componente “natural” del costo de producción. El único factor de producción es el trabajo. De este modo, en el caso hipotético que se plantea en la Teoría General, el precio de los equipos de capital sería proporcional al trabajo contenido en ellos.

Hemos mostrado que Keynes no deriva la ganancia de la espera, sino que la considera un resultado –eludible si la tasa de interés se reduce a cero- de la escasez del capital. Si se anulara la escasez, el precio de los equipos de capital descendería hasta igualarse con los costos de producción y la rentabilidad del capital se esfumaría por completo.

Notas finales.

En el artículo nos ocupamos exclusivamente del capital y su rendimiento, eludiendo, mientras fue posible, toda referencia a la naturaleza y determinación cuantitativa de la tasa de interés. No penetramos en la teoría del dinero de Keynes. No hemos expuesto tampoco las propuestas de reforma del capitalismo que Keynes deriva de sus indagaciones teóricas. Por último, tampoco nos ocupamos aquí de realizar una crítica de la exposición de Keynes.

Estamos satisfechos si se han alcanzado, en cambio, dos objetivos. En primer lugar, esperamos haber puesto en evidencia que la teoría del capital de Keynes –más allá de su valor científico- difiere sustancialmente de la que enseña tradicionalmente la escuela neoclásica.. En segundo lugar, pretendemos haber demostrado que tanto el sistema económico que se expone en la Teoría General como cualquiera de los múltiples modelos inspirados en él tienen como fundamento esta explicación del origen de la ganancia, y no otra. Esto implica que la teoría del capital de Keynes no puede simplemente descartarse, o reemplazarse por la tradicional. El modelo cuantitativo y sus fundamentos se encuentran férreamente unidos. Además, como también mostramos, la investigación de Keynes encuentra raíces en una particular teoría del valor, también distinta de la de Marshall y los neoclásicos. Si se siguen con cuidado estas pistas, se llega a una conclusión desalentadora: la separación habitual que introduce la teoría

neoclásica entre microeconomía y macroeconomía pasa por alto apáticamente estas contradicciones: sólo puede sostenerse a fuerza de una verdadera estafa intelectual. Desde esta óptica, no resulta de ningún modo extraño que la escuela neoclásica realice fabulosos esfuerzos para borrar las huellas de la Teoría General.

#### Bibliografía

Blaug, M. (1985), “Teoría económica en retrospectiva”, Fondo de Cultura Económica, México D.C.

Bleaney, M. (1985) *The Rise and Fall of Keynesian Economics*, Macmillan Publishers, Hampshire and London.

Chick, V. (1991) *Macroeconomics after Keynes*, MIT press, Cambridge.

Eprime, E. (1965) *From Marshall to Keynes. An Essay on the Monetary Theory of the Cambridge School*, Augustus M. Kelley, New York.

Galbraith, J. K. (1993), *El crac del 29*, Editorial Ariel, Barcelona [publicación original 1954]

Hegel, G. W. F (1968) *Ciencia de la lógica*, Ediciones solar, buenos Aires. (publicación original 1812)

Hicks, J. (1945) *Valor y Capital*, Fondo de Cultura Económica, México D.F. [publicación original 1939].

Keynes, J. M. (1936) *The General Theory of Employment, Interest and Money*, Macmillan and Co., Londres.

Keynes, J. M. (1937) “Alternative theories of the rate of interest”, *The Economic Journal*

Lakatos, I. (1978), *La metodología de los programas de investigación científica*, Alianza Universidad.

Leihonjuvud, A. (1976a) *Análisis de Keynes y de la economía keynesiana. Un estudio de teoría monetaria*, Vicens - Vives, Barcelona., 1976.

Marshall, A. (1923) *Money, Credit & Commerce*, Macmillan, London.

Marshall, A. (1926) *Official Papers by Alfred Marshall*, Londres.

Marshall, A. (1948), *Principles of Economics. An introductory volume*, Macmillan, – *Principles of Economics*, New York, octava edición [publicación original en 1890]

Monza, A. (1972) “Nota introductoria a la reciente controversia en la teoría del capital”, en Oscar Braun, comp. (1973) *Teoría del capital y la distribución*, Editorial tiempo contemporáneo, Buenos Aires.

Samuelson, P. (1967) “La Teoría General” en *Teoría General de Keynes. Informe de tres décadas*, R. Leckachman (comp.), Fondo de Cultura Económica, México D.F. (publicación original 1964, el artículo es de 1946)

Schumpeter, J. A. (1982) *Historial del análisis económico*, Seix Barral, Barcelona.

Smith, A. (1997) *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, Fondo de Cultura Económica, México D.C.

Varian, H. (1992) *Microeconomía Intermedia*, Antoni Bosch, Madrid.

[1] Joan Robinson, por lo demás muy cercana a las ideas de Keynes, sostiene con respecto al capítulo 17: “[W]hen Keynes was writing ... the chapter, he admitted that he was groping for ideas that were new to him, and I do not think that he ever quite succeeded in seizing them” (Robinson, 1956, p. 138, citado en Asimakopulos, 1991, p.103)

[2] *Tres Keynes en la Teoría General* (2002) y *La macroeconomía después de Lord Keynes* (2004).

[3] Se refiere a su sistema como un intento de “erect a quantitative science ... the causal sequence of economic events” (Keynes, 1936: 38-39)

[4] En palabras del metodólogo Lakatos, reconocido por los economistas de la corriente principal: “la experiencia sigue siendo, en un sentido importante, el árbitro imparcial de la controversia científica” (Lakatos, 1978, p.64).

[5] Como dijera Keynes acerca del modelo que pretendía suplantar con el suyo: “this is a self-regulatory process of adjustment which takes place without the necessity for any special intervention or grandmotherly care on the part of the ... authority” (Keynes, 1936: 177)

[6] En este punto no acuerdo desacuerdo, por consiguiente, con la posición que sostienen ciertos autores inscriptos en la moderna corriente postkeynesiana, como Asimakópulos (1991: xvi) o Chick (1991: 14), para quienes el método de Keynes es sustancialmente distinto al de sus predecesores, pero también difiere del de la mayoría de sus discípulos neoclásicos.

[7] En La Macroeconomía después de Lord Keynes sostengo que –más allá de las limitaciones propias de todo modelo- estos cambios en las variables no provienen de la inspirada imaginación de Keynes, sino que reflejan transformaciones reales de la sociedad capitalista.

[8] Keynes es sin duda conciente de la necesidad de ensayar respuestas ante las urgencias de su época. “It is certain that the world not much longer tolerate the unemployment which, apart from brief intervals of excitement, is associated –and, in my opinion, inevitably associated- with present-day capitalistic individualism.” (Keynes, 1936: 381)

[9] Tanto Bleaney (1985) como Blaug (1985) realizan un pormenorizado inventario de las adhesiones y rechazos a la intervención del Estado que dividían a la escuela marginalista antes de 1936. Las voces que coincidían con Keynes eran muchas.

[10] La doctrina tradicional y las indicaciones que de ella emanaban estaban –obviamente- conectadas.. Es por eso que aunque “the main porpouse [of the book, AK] is to deal with difficult questions of theory, and only in the second place with the applications of this theory to practice” (1936: v), Keynes no deja de mostrar la relación que existe entre una y otra cara de la teoría clásica: “the characteristics of the special case assumed by the classical theory happen not to be those of the economic society in which we actually live, with the result that its teaching is misleading and disastrous if we attempt to apply it to the facts of experience” (1936: 3)

[11] Si se cumple la ley de Say el empleo puede considerarse como dado, ya que una vez que las fuerzas económicas sólo dejan de actuar, se equilibran, cuando el sistema se ubica en la posición de total ocupación “The classical theory assumes, in other words, that that the aggregate demand price (or proceeds) always accommodates itself to the aggregate supply price ... competition between entrepreneurs would always lead to an expansion of employment up to the point ... [of] full employment” (1936: 26)

[12] El equilibrio es estable porque no existen fuerzas que lo empujen fuera de su punto de reposo: “the equilibrium level of employment, i.e. the level at which there is no inducement to employers as a whole either to expand or to contract employment” (1936: 27). Keynes introduce además el término de equilibrio neutral para distinguir los equilibrios temporales de los estables.

[13] Este tipo de explicaciones suelen provocar desagradables sobresaltos a sus portavoces. Durante un tiempo, el fenómeno del alto desempleo ocurría en conjunción con el de la baja inflación. Pero, de pronto y sin aviso, se hizo ver el “cisne negro” y toda la teoría tuvo que ser descartada.

[14] A esta altura, es necesario evitar un posible malentendido. Las corrientes neoclásicas que surgen junto con la crisis económica de principios del decenio de 1970 se abocan a la búsqueda de los llamados micro-fundamentos de la macroeconomía. Pero es preciso distinguir entre el análisis de las categorías fundamentales -los fundamentos de la ciencia- y la llamada búsqueda de micro-fundamentos. Estos últimos atañen únicamente a la representación de la conducta individual de carácter racional, es decir, a la actividad maximizadora que axiomáticamente caracteriza todas las decisiones de los hombres. Es decir, no se trata de explicar qué es el dinero, sino cómo se comportan los individuos ante él, dados los supuestos de conocimiento y previsión perfecta, o incluso imperfecta.

[15] Restringiremos esta exposición exclusivamente a las teorías expuestas antes de la publicación de la Teoría General. Este recorte no significa demasiada pérdida, en tanto las teorías posteriores no se separaron sustancialmente de lo dicho por los primeros neoclásicos.

[16] La primera edición se había publicado 20 años antes.

[17] En el Apéndice E de sus Principes, consagrado íntegramente a aclarar el concepto de capital, insiste en su definición bifacética del capital, que se refleja en acción recíproca de la oferta y la demanda. Es más, niega que la teoría de la productividad se haya separado alguna vez de la fundada de la abstinencia. Ambos factores son los que distinguen al capital y los que producen el interés. “The connection of the productiveness of capital with the demand for it, and of its prospectiveness with the supply of it has long been latent in men’s mind; though it has been much overlaid by other considerations, many of which appear now to be based on misconceptions. Some writers have laid more stress on the supply side and other on the demand side: but the difference between them has often been little more than a difference of emphasis. Those who have laid stress on the productivity of capital, have not been ignorant of man’s unwillingness to save and sacrifice the present for the future. And on the other hand, those who have given their thought mainly to the nature and extent of the sacrifice involved in this postponement, have regarded as obvious such facts as that a store of the implements of productions gives mankind a largely increased power to satisfy their wants” (op. cit.: 790)

[18] La apariencia de anacronismo que encierra esta discusión sobre el capital, puede disolverse con sólo hojear cualquier moderno libro de texto de microeconomía. Luego de explicar la oferta de capital a través de la preferencia en el tiempo, en un clásico

ejercicio de elección entre consumo presente y consumo período, se deduce la demanda de capital de la maximización de beneficios del empresario.

[19] Esto lleva a E. Eprime, en su meticuloso estudio sobre la teoría del dinero de Marshall, de sus antecesores y sus discípulos de Cambridge, a afirmar que en los escritos de Marshall existe una diferenciación entre la tasa de interés de equilibrio o real, que depende de la oferta y demanda de recursos disponibles para la inversión (capital “libre”) y la tasa de interés de mercado o monetaria, afectada por los cambios en la cantidad de dinero y las políticas bancarias. La tasa de mercado converge hacia el valor de la tasa de equilibrio (Eprime. 1965: 53 y ss.). Sin embargo, Eprime no acierta a descubrir la verdadera naturaleza del problema: en realidad la tasa “real” debería equipararse con la eficiencia marginal del capital de Keynes, mientras la “monetaria” debe contrastarse contra la tasa de interés de la Teoría General.

[20] Al comenzar esta sección me veo obligado a invocar la paciencia del lector. Creo estar explorando ciertos aspectos de la Teoría General que fueron largamente ignorados por el grueso de la literatura. Me veo obligado, por tanto, a recurrir asiduamente a fragmentos del libro que cito textualmente, lo que, si bien vuelve a la lectura un tanto engorrosa, me exime de toda suspicacia con respecto a la fidelidad de la interpretación.

[21] Keynes se refiere al Libro I y al Libro II de la teoría clásica en repetidas oportunidades. En el caso de Marshall –que es el que seguramente tenía en mente- estos dos libros separados y contradictorios en varios aspectos son los *Principles* y *Money, Credit and Commerce* (Libro I y Libro II, respectivamente).

[22] Según Monza, “fue el problema de la medición del capital el que condujo a la controversia” (Monza, 1972: 19)

[23] En el apartado referido a la elección de unidades de medida del capítulo 4 de la Teoría General se presentan objeciones de igual carácter a los intentos de cuantificar el producto en general y el producto neto en particular, en términos de unidades físicas o reales: “[I]t is a grave objection to this definition for such a purpose that the community’s output of goods and services is a non-homogeneous complex which cannot be measured” (op. cit. p. 38), y luego, en relación al intento de calcular el producto neto sumando la adición neta de capital, observa que “since this deduction is not a deduction in terms of money, he [se refiere a Pigou, AK] is involved in assuming that there can be a change in physical quantity, although there has no physical change; i.e. he is covertly introducing changes in value.” (op. cit. p. 39)

[24] Esta incapacidad del ahorro para incrementar la riqueza global es remarcada nuevamente por Keynes en su polémico artículo de 1937: “No amount of anxiety by the public to increase their hoards can affect the amount of hoarding, which depends on the willingness of the banks to acquire (or dispose of) additional assets beyond what is required to offset changes in the active balances” (Keynes, 1937: 251). Una y otra vez se muestra la falacia que se encierra en los intentos de proyectar las recomendaciones típicas de la economía clásica para el empresario individual hacia la sociedad en su conjunto.

[25] En la Teoría General se muestra además que en formulación clásica de la teoría de la tasa interés se oculta un razonamiento circular. Si se modifica la curva de oferta de

capital (ahorro), cambia la tasa de interés, pero esta modificación en la tasa de interés provoca a su vez un desplazamiento de la curva de demanda de inversión, y así sucesivamente. Por lo tanto “the traditional analysis is faulty because it has failed to isolate correctly the independent variables of the system. Saving and investment are the determinates of the system, not the determinants.” (op. cit.: 183)

[26] Aunque algunos autores como Hicks perciben la distancia que existe entre esta explicación y la neoclásica, en sus desarrollos posteriores son incapaces de sostener la diferencia entre la tasa de interés y el rendimiento del capital. Al referirse a la Teoría General, Hicks se pregunta acertadamente: “¿Qué es lo que determina la tasa de interés? Hasta hace muy poco, los economistas hubieran contestado unánimemente que está determinada por la oferta y la demanda de ‘capital’; pero su unanimidad era más aparente que real, porque no sabían con exactitud qué entendían por ‘capital’. ¿Quiere decir ‘capital real’, en el sentido de bienes concretos y en el de capacidad de disponer de determinada cantidad de ellos? Desde luego, si se adopta esta interpretación, las fuerzas que gobiernan la tasa de interés se reducen a aquellos factores técnicos y psicológicos que influyen sobre el apremio relativo de las necesidades de bienes presentes y futuros – es decir, obtenemos una teoría como la que expuso detalladamente Bohm-Bawerk-. ¿O es que ‘capital’ quiere decir ‘capital dinero’, en el sentido de fondos de préstamo – capacidad para disponer de una determinada cantidad de dinero-?” (Hicks, 1945: 180)

[27] Me veo tentado a especular con la relación entre la letra Q elegida por Keynes para designar las anualidades y el término marshalliano de quasi-renta del capital, que remite justamente a los ingresos que se derivan de la posesión del equipo de capital.

[28] La inversión fluye hacia las ramas de mayor rentabilidad, promoviendo así la abundancia universal en todas las esferas. Las referencias a este proceso abundan en la literatura clásica. Adam Smith se vale de famosa metáfora de la mano invisible para describir precisamente este mecanismo: “Ahora bien, como cualquier individuo poner todo su empeño en emplear su capital en sostener la industria doméstica, y dirigirla a la consecución del producto que rinde más valor, resulta que cada uno de ellos colabora de una manera necesaria en la obtención del ingreso anual máximo para la sociedad. Ninguno se propone, por lo general, promover el interés público, ni sabe hasta qué punto lo promueve. Cuando prefiere la actividad económica de su país a la extranjera, únicamente considera su seguridad, y cuando dirige la primera de tal forma que su producto represente el mayor valor posible, sólo piensa en su ganancia propia ; pero en éste como en otros muchos casos, es conducido por una mano invisible a promover un fin que no entraba en sus intenciones”. (Smith, 1997: 402)

[29] Esta versión, que separa largo y corto plazo, se conserva en los manuales contemporáneos de microeconomía. En el largo plazo el precio está regulado únicamente por las condiciones de la oferta. A su vez, por la acción de la competencia, la curva de oferta puede representarse como una línea horizontal que fija el precio en el valor mínimo del costo medio. El precio de un bien en el largo plazo se iguala al costo por unidad de producto (ver, por ejemplo, Varian, 1992).